

• Éxodo 20: 1-17 • 1 Corintios 1: 22-25 • Juan 2: 13-25 [29B]

¿Alguna vez presionó el botón para imprimir en su computadora solo para recibir el mensaje de que la impresora se había quedado sin tinta? De alguna manera esto siempre me pasa cuando tengo la mínima cantidad de tiempo para preocuparme por ello. Y luego, después de que he reemplazado el cartucho de tinta, la máquina me informa que el cabezal de impresión ahora ne-cesita una realineación. Ahora con esto pierdo más tiempo y llegaré tarde a mi próxima reunión. Sé que debería haber reemplazado la tinta hace una semana, cuando recibí la advertencia, pero parece que nunca hay tiempo suficiente.

Bueno, hoy es el tercer Domingo de Cuaresma y me pregunto a dónde se me fue el tiempo. Ya estamos en la mitad de nuestro camino de Cuaresma y no he comenzado a leer ninguno de los libros que la parroquia nos dio para nuestro crecimiento espiritual en esta época de Cuaresma.

Entonces, ¿cómo les ha ido a ustedes? ¿Están haciendo el progreso espiritual que ustedes espe-raban desde el Miércoles de Ceniza? ¿Es hora de una realineación con su relación con Dios y los demás?

Bueno, ustedes están con suerte. El tópico de las Lecturas de hoy son las Relaciones, así que co-mencemos allí. La primera Lectura y el Evangelio de hoy se centran en dos de los lugares más sagrados de Israel: el Monte Sinaí y el Templo en Jerusalén. Estos eran lugares sagrados porque allí fue en donde Israel se encontró con Dios y aprendió la importancia de la relación humano-divina.

La entrega de la ley por Dios a Moisés en el Monte Sinaí fue absolutamente fundamental para el estatus de Israel como una gran y santa nación. Ningún otro pueblo fue seleccionado por Dios para darles a conocer sus mandamientos. Al seguir los mandamientos de Dios, Israel se conver-tiría en un pueblo de Dios y una luz para las naciones. Los eruditos durante mucho tiempo han comentado que los tres primeros mandamientos se centran en nuestra relación con Dios, y los siete restantes destacan nuestra relación con los demás. Dicho de otra manera, el "*mandato*" fundamental de Dios es prestar atención a nuestras *relaciones*. Los israelitas aprenderían que, para convertirse en un pueblo santo y una gran nación, necesitarían cultivar relaciones sanas y vivificantes con Dios y con los demás. Entonces, ¿qué pasa con nuestras relaciones en casa? ¿Puede pensar en alguna forma en que puedan cultivar sus relaciones familiares?

¿Hay un hermano o hermana con quien usted no ha hablado durante mucho tiempo? ¿Hay algunas áreas difíciles que usted necesita resolver con su cónyuge? ¿Están sus hijos tan ocupados que nunca parecen tener tiempo para una comida familiar juntos?

¿Qué tal en el trabajo? ¿Mantiene algún resentimiento hacia cualquiera de sus compañeros de trabajo? ¿Son algunos de sus compañeros difíciles de trabajar con ellos, o necesita mirarse usted en el espejo para ver el problema? ¿Hay algunas personas en el trabajo que necesitan a alguien con quien hablar o el hombro de alguien para llorar?

¿Qué tal en el mundo? Los israelitas recibieron la Ley en el Monte Sinaí para que pudieran con-vertirse en un pueblo de Dios y una luz para las naciones. ¿Cuánto más somos nosotros quienes recibimos a Jesús mismo en la Nueva Alianza para convertirnos en una luz para el mundo?

Hemos analizado nuestra relación en el hogar, en el trabajo y en el mundo. Entonces, ahora vamos a poner nuestra atención en el Templo de Jerusalén, y en nuestra relación con Jesús que está

teniendo un fuerte "estrés", si lo podemos decir, cuando él expulsa a los que vendían bueyes, ovejas y palomas, así como a los que cambiaban dinero.

En los días de Jesús, el Templo era el centro de la vida religiosa judía. Sabemos por las Escrituras cuánto Jesús amaba el Templo. Frecuentemente él viajaba a Jerusalén para asistir allí a las fiestas. Incluso de niño, Jesús se refirió al Templo como "la casa de mi Padre" (Lc 2:49). De hecho, San Juan nos dice que fue el celo por la casa de su Padre que motivó a Jesús a expulsar a los cambiadores de dinero en el Evangelio de hoy.

Sin embargo, como en el Sábado, el día de reposo, Jesús desafió a los piadosos religiosos de su tiempo, no por falta de respeto, sino para poner en manifiesto su verdadero significado. Jesús estaba revelando que él reemplazaría el Templo como el lugar en donde encontramos a Dios, el sacrificio y la adoración. Es solo desde la perspectiva de la Resurrección que podemos entender sus crípticas palabras, "Destruyan este Templo y yo lo reedificaré en tres días" (Jn 2:19).

Aquí, la limpieza del Templo pone a Jesús en el centro del escenario. Él ha violado lo que se ha convertido en el *statu quo* del Templo.

Él socavó la economía del Templo, mostrando desprecio por el engaño que ellos hacían al tomar el dinero de los pobres. Él hizo un lío de las cosas, pero en este desastre hay un mensaje. "¡No violen lo que es sagrado! ¡No volteen sus vidas lejos del Dios viviente, sino regresen a Dios con todo tu corazón!".

Cuando los judíos pidieron una señal de la autoridad de Jesús por sus acciones, Jesús identifica su cuerpo con el Templo, que él levantará en tres días. Jesús no les dio ninguna señal, ni intentó de convencerlos de quién él era. Él les habla, más bien, del signo final: su muerte y resurrección.

Si el cuerpo de Jesús es el nuevo Templo que descendió del cielo, y nosotros somos el cuerpo de Cristo, entonces nuestros cuerpos también forman parte de ese nuevo templo. Un templo construido con piedras vivas, y con Jesús siendo ambos la fundación y la piedra angular.

Entonces, ¿qué permitimos en *nuestros* atrios del templo? El mercado en el atrio de los gentiles era un lugar ruidoso. Eso no dejaba lugar adecuado para que los gentiles "que temen a Dios" oraran. Nosotros también tenemos muy poco tiempo reservado para orar. Nunca hay tiempo suficiente para andar, y todos estamos cansados hasta los huesos. Como resultado, corremos el peligro de darnos a la pereza, el aburrimiento, y la apatía en el área de la fe.

¿Cómo entonces, como cristianos que viajamos una vez más a través de la Cuaresma podremos inflamar nuestra fe de tal modo que podamos permanecer fuertes hasta la Pascua y más allá de ella? Debemos reservar un tiempo de silencio para la oración y de una introspección de purificación en nuestras vidas. Dejen que Cristo, quién limpió el Templo de Jerusalén limpie también nuestro templo. Dejen que nuestras almas estén abiertas para que sean purgadas ya que esto traerá claridad una vez más. Jesús nos mostrará la manera de tener relaciones de vida en casa, en el trabajo, y en el mundo solo si podemos tranquilizarnos y escuchar a Jesús. No esperes más; ya has escuchado el ruido y has visto las señales de advertencia. Realineen sus prioridades ahora antes de que sea demasiado tarde. No dejen que su fe se seque como la tinta en la impresora.

3 y 4 de Marzo del 2018

Diácono Alan Christy